

El encierro. Seis estampas

Alejandro García

Antes

Como en las escenas iniciales de *Johnny tomó su fusil*, los precombatientes íbamos a la guerra con entusiasmo (o arengados y convencidos como al inicio de *Sin novedad en el frente*), casi en desfiles, padres orgullosos, madres y novias con llanto desbocado, uniformados o aliñados, muy monos los monos, diría Revueltas. Las reyertas por cubrebocas, Lysol, papel sanitario y latería para pasar la era de oscuridad que se avecinaba eran noticia del día. La reciente experiencia de gripe nos había calado en la resistencia por turnos y en la discrecionalidad de las salidas. No sería tan duro. Se parecía a las vacaciones. No había muertos y si los había nos parecían lejanos. Poco a poco llegaron los ataúdes sellados, como monedas de alcancía. El cerco de la muerte se presentó, nos rodeó y nos marcó, eso sí, de manera diferenciada.

Durante

De las llamadas de mi memoria vienen varias estampas, a propósito de ese encierro que iba de menos a más y que nos tenía en el brete de que no pasaba nada: mientras no nos metiera al laberinto de traslado de enfermos o el yo mismo se contaminara, mientras escenas de ciencia ficción se vivían en New York, el norte de Italia y las Españas y ya tocaba la puerta de Iztapalapa. Y claro, venía el tranquilizante: mientras no toque de cerca en el espacio o en el corazón es fantasía.

La primera es sencilla. Me recuerda la banda de las tortillas, el mojón de masa que sale a convertirse en la carita de Dios antes de que tenga su cocción. Y allí va la procesión de círculos en casi doméstica cadena, hasta caer en un recipiente de su tamaño. A todas les/nos tocará. A las que se deformen o se amontonen aún crudas, las volverán al molino. A las que no se logren, las convertirán en mazacote para usos múltiples. Las otras irán al paquete y de allí a diabólicos aparatos digestivos. Se incluyen chanchos, canes, periquitos australianos en el post reparto de familia. Conforme se entra al hervor de la epidemia, salen los cortos soliviantadores. No serán todos. Muchos serán huéspedes sin manifestaciones. Eso sí, el micro violador podrá pasar por muchos sin molestarlos.

La segunda es parecida, solo que viene del cine. Me recuerda aquella macro banda de *Cuando el destino nos alcance*, en que unas galletotas o croquetas de buen tamaño, de diversos colores, ninguno con viveza apreciable. El ojo humano, curioso, desafiante, descubre en esa circulación el destino en que muchos se han convertido: manjar salobre de mesas en crisis. Tortilla o galletota, ominosas parábolas para el presuntuoso libro de los buenos lemas humanos. Como todo será parcial, un número pequeño dentro de los porcentajes, habrá que pensar en lo que sigue, en lo que habrá que organizar para mantener las cosas como hasta antes del fin de año de 2019. Y a ver de qué cuero salen más correas.

La tercera es de la literatura, de ese genio llamado J. G. Ballard. Se da en su relato «El día eterno», incluido primeramente en *El hombre imposible* (1966). En él la tierra ha dejado de rotar. El tiempo se ha detenido. A los lugares se les ha puesto un pequeño agregado: Londres 6 P. M., Saigón medianoche. Halliday está en Columbine Sept Heures, justo en la línea del crepúsculo. Vivió un tiempo en Trondheim, Noruega, en la misma línea, solo que con más frío. Resolvió moverse a África, más cerca del ecuador. Al este se ve la noche; al oeste, la luz del día. Se forma una figura de mariposa con el cuerpo crepuscular que combina luz y sombra, con un ala diurna y otra nocturna. En el solitario hotel en que pernocta, Oasis, hay una sección más oscura que la otra. Las horas han desaparecido, también los matices propios de las 24 horas. Los relojes son memoria de eso que desapareció por causas no explicadas en el texto. En ese territorio cercano a Tripoli, aparecen también otros dos personajes: Leonora Sully y el doctor Richard Mallory. Se dice que en el filo del crepúsculo hay sobrevivientes, pero en la Columbine flanqueada por un río seco y el desierto del Sahara no hay más rastros humanos que los de ese trío y la aparición misteriosa de Gabrielle Szabo y su chofer. Un poco antes, Halliday toma copias de cuadros surrealistas de la Escuela de las Bellas Artes, entre ellas *El eco* de Delvaux. Halliday ha ido en busca del sueño y de los sueños y de una noc-

támbula y fervorosa «lamia» que lo colme. Leonora pinta obispos y sacerdotes en procesión, su cuadro está inconcluso, es su manera de buscar sus sueños. El doctor es un misterio, su don de ayuda lo cubre de preguntas ordinarias y pareciera ser una necesidad satisfecha. En un mundo que ha perdido la dimensión temporal, muerto, Leptis Magna, la fortaleza romana en ruinas, es un punto de tentación. Szabo es inasible, solo observable, puede ser la lamia. Un mundo que ha borrado sus huellas pide sea reconstituido todo. Cuando a la orilla del mar, cerca de la ciudad clásica, aparecen los cadáveres de batallas de meses atrás y junto con ellos, el cuerpo del doctor, nos enfrentamos al enigma del daño hecho a Szabo, del estupor de Halliday frente al regreso del insomnio y de la noche que se profundiza hacia el oriente, mientras el desierto del oeste inicia el prolongado camino hacia la aurora.

El misterio del por qué andamos en la banda o en la ciudad donde los claros y oscuros nacen solo aceleran nuestro corazón y el cerebro puja porque no encuentra esa hebra que le habían prometido aseguraba su autodeterminación, oh, Madigan, te invoco, deposito en ti mi recuerdo, el encierro es triste y las lamias han sido enviadas al reposo. Escaparán...

Durante. El corazón de las tinieblas

Despierto de madrugada. Juraría que éramos seis. Somos cuatro. Dos están intubados. Veo sus torsos desnudos y las cánulas que salen de sus bocas. No se mueven. Acomodo mis tubitos de oxígeno en la nariz. Así que aquí estoy. A un lado escucho el lamento de un hombre que se jura médico de la institución y que entró por propia decisión. ¿Será un merolico? ¿Es un profeta? Tendré de frente a la ambigüedad entre la vida y la muerte a esos dos hombres que no sé a ciencia cierta si están cubiertos por una sabana ligera o por un pañal desechable. Tendré a un lado la duda constante de si están actuando adecuadamente con mi cuerpo. El colega de padecimiento y especialista en enfermedades asegura que nos tienen que

aplicar diez inyecciones de antibiótico, que de otra manera quedaremos con graves secuelas. No sé si llevaré el camino de los de enfrente o la loca lucidez del de al lado. Por lo pronto me sumo en una procesión de anuncios luminosos, como esos de las grandes ciudades asiáticas capitalistas, van y vienen como naipes del solitario, pasan frente a mí, vuelven. Despierto o me sacudo la visión. Se magnifican las voces. Una vocecilla dice en el pasillo que la mujer de la sala vecina ha muerto. Oigo pasos. Mi corazón se arruga. Es solo un momento. Cuatro autobuses negros, totalmente negros, vienen a preguntarme mi destino. Dudo.

Después

Ahora la baraja del solitario en la computadora cae una por una. Me trae las caras de las ausencias, me trae las caras de los enfermos recientes. Me trae el nuevo trato de los vecinos y amigos. ¿Qué nos dejó la pandemia? A veces siento que se me escurre el moco y creo que es una secuela física. A veces tengo noticia de la rabia de los que fueran fuegos amigos y pienso en la travesura de las vacunas. No lo sé. Ahora son más los muertos por arma de fuego en Zacatecas: carnicerías, taxis, puestos de tacos, calles, canchas deportivas, carril de alta velocidad. Todos son andamios para la fiesta de las balas. ¿Regresará como la influenza española, con nuevos bríos? A veces creo que sueño, como aquella noche previa a mi encierro, que busco la salida de mi habitación, camino a tientas y jamás encuentro la salida.